



Discurso en la inauguración de la estatua de Cordell Hull y de la avenida de su nombre, en Ciudad Trujillo, el 24 de septiembre de 1957, día de las Mercedes, aniversario de la firma del Tratado Trujillo - Hull.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

DE POLITICA
DOMINICO - AMERICANA

DISCURSO ANTE LA ESTATUA DE CORDELL HULL

Editora Montalvo
Ciudad Trujillo, R. D.

1957

Reg. No. I-586

EMILIO RODRIGUEZ DOMESTICO
DE POESIA
DOMINICO-AMERICANA
DIRECCION VICE LA ESTADIA DE CONDELL HULL

BIBLIOTECA A G N



009857

758600



Con la venia del Restaurador de la Independencia
Financiera de la República
y del Primer Magistrado de la Nación;
Excelentísimo Señor Embajador de los Estados Unidos
de América;

Señores:

El Gobierno de la República comparece aquí a realizar un acto de justicia. Aquí está, en la perennidad del bronce, la venerable efigie de Cordell Hull, y aquí la espléndida avenida de su nombre como solemnes testimonios de la gratitud dominicana.

Todos los infortunios de la patria, acumulados durante siglos como si los hombres y la naturaleza se aunasen en un común empeño de anonadamiento, la habían conducido a toda suerte de postraciones; al insondable mar de desventuras sin cuyo conocimiento carece de base y de autoridad todo juicio acerca de la nación dominicana, de su pasado, de su presente, de su porvenir, de sus modalidades políticas y de su esencia, porque jamás fué nuestra posición como la de Bélgica, "entre la Francia ardiente y la grave Alemania", como decía Verhaeren, que condicionaba su arte y su literatura, sino entre Haití y el mar desierto, sin la necesaria comunicación entre hombres y pueblos característica de la civilización.

De la pérdida de la unidad étnica y política de la Isla pasamos a la dominación francesa y al cautiverio haitiano; de la discordia civil y del renovado riesgo de perder nuestra entrañable hispanidad, entramos en la Anexión a España; del recrudecimiento de las contiendas fratricidas y de la fatalidad de los empréstitos, plagas de Egipto que asolaron nuestra hacienda y abatieron nuestro espíritu y que culminaron en la Convención de 1907, mediatizadora de nuestra soberanía, caímos, entre regueros de sangre, en la triste ocupación militar norteamericana; y a pesar de tan graves lecciones, de tan amargas experiencias, en los nuevos días de libertad los infortunios pretéritos cobraron nueva forma, la más riesgosa para la estabilidad de un gobierno y más negativa para el progreso de una nación: la falta de unidad política y el desacierto administrativo.

La historia de tan aciaga situación es tristemente larga, tristemente angustiada; pero dejemos atrás la noche y entremos en la aurora.

Como el conquistador y colonizador hispano que al llegar a la tierra recién hallada la limpiaba de malezas y de bestias montaraces y bajo el huracán la cultivaba del uno al otro confín para luego poblar y edificar para la eternidad, así empezó Rafael Leonidas Trujillo Molina, en 1930, sus Doce Trabajos de Hércules.

Creada la paz, dominicanizada la frontera y organizada la Administración Pública en todos sus aspectos, faltaba empero la más importante de sus faenas, porque la soberanía de la República era aún incompleta: en las Aduanas de la Nación imperaba autoridad extraña y era menester reaccionar contra esa afrentosa mediatización del Estado.

Hasta entonces esa necesaria reacción era aspiración tan ilusoria para el pueblo dominicano que ningún Gobernante se aventuró a formularla, porque, ¿con qué recursos, con qué paz, con qué organización administrativa, con qué ímpetu nacionalista, con qué soberano dominio de los hom-

bres y de las circunstancias podía acometerse la soberana empresa?

El estadista en cuya acción se acumulan primero las previsiones del porvenir, ya tenía en sus manos los elementos vitales para el triunfo de su máxima hazaña política cuando se decidió a actuar él en persona frente al Gobierno de Norteamérica.

Una y otra vez arriba a la ciudad del Potomac con esa ponderosa carga de propósitos de grandeza para su patria que siempre gravita sobre sus hombros. El Presidente Roosevelt y el Secretario de Estado Cordell Hull le reciben y queda sellada la amistad más rica en bienes para su tierra dominicana, pues no erraba Hull al declararle cuanto complacía su visita porque el mutuo conocimiento ayudaría a estrechar más aún las relaciones entre sus dos países para beneficio de ambas naciones y del Continente americano. Desde el principio, pues, en la amistad Trujillo-Hull prevaleció el sentido de continentalidad que tanto la realza y magnifica. Como eran días en que el Secretario Hull se empeñaba en darle objetividad a la Política del Buen Vecino, el Generalísimo Trujillo comprendió que el mayor servicio que podía ofrecerse entonces al Gobierno de Washington y a los demás gobiernos de la América y en particular a su país, era contribuir aún más a que esa nueva política no quedase como simple enunciación, ondeante al soplo de las circunstancias, sino que fuese cosa práctica y tangible que reconquistase para el pueblo norteamericano las simpatías perdidas en los ásperos años del *Big stick*.

Con maestría de consumado diplomático se condujo el Generalísimo Trujillo en aquel medio habituado al despliegue de habilidades de los más experimentados políticos del Universo. Ya al partir hacia su patria, tras el saludo de despedida de Cordell Hull, le dió a la prensa la noticia resonante de que el Gobierno Dominicano había llegado a un acuerdo para el establecimiento de una colonia de refugia-

dos de Europa, y agregó esta significativa declaración como flecha certeramente lanzada a su objetivo:

Me voy en la esperanza de que la Política del Buen Vecino tome su arraigo en el sentimiento público y resuelva práctica y justicieramente algunos problemas interamericanos que, como la Receptoría de Aduanas en Santo Domingo, afectan la soberanía de un estado independiente.

Lo demás fué la obra de sagaces negociaciones, de una profunda fe en su pueblo y en sí mismo, y particularmente de la fe que él supo inspirar al Presidente Roosevelt y al Secretario Hull, culminantes, al conjuro de la Política del Buen Vecino, en el instrumento internacional de mayor trascendencia para la Nación dominicana, el Tratado Trujillo-Hull, en cuya virtud se restableció la soberanía dominicana sobre las Aduanas de la República.

El Tratado Trujillo-Hull no constituiría sólo un triunfo subjetivo, propio del romanticismo político de antaño, sino el ancho curso en que la mano sembradora de Trujillo realizaría sus máximos milagros. La moneda, los bancos, el pago de la deuda externa y de la deuda interna, la prosperidad creciente en contraste con la pobreza pretérita, todo el asombroso progreso nacional, tomó sus claras fuentes en el Tratado Trujillo-Hull. De las modernas Finanzas dominicanas, que arrancan del salvador Acuerdo, puede afirmarse que constituyen el permanente testimonio de la necesidad y oportunidad de ese Tratado, así como de sus felices derivaciones, todavía imprevisibles en sus benéficos resultados porque nuestra Economía, nuestras Finanzas de hoy, se orientan en su amplísimo radio de acción hacia la explotación de las nuevas y extraordinarias canteras de riqueza con que Trujillo aspira a consolidar todavía más el bienestar de nuestra Patria: la explotación de los fabulosos tesoros del subsuelo, de tan poderoso interés para el progreso nacional como lo ha sido para la organizada y potente Venezuela de nuestros días.

Prenda de la espiritualidad de Trujillo y de Hull era advertir cómo los triunfos derivados del Tratado renovaban en ellos la mutua simpatía, la fe y la admiración que no lograron desmedrar sus vanos opositores.

Qué emocionante y aleccionador seguir el hilo de esa entrañable amistad acendrada de continuo ya por las exquisitas manifestaciones de la cortesía o ya por el grave intercambio de previsoras ideas políticas. Así, en importante carta al Secretario Hull, en 1944, el Generalísimo le planteaba el debatido caso de entonces de la Argentina, señalándole sus posibles soluciones:

Nadie ignora, decía, hasta donde llegan mis sentimientos panamericanistas y cuan grande sería mi satisfacción de ver completada la unidad continental con el ingreso irrestricto de la Argentina al sistema de la cooperación.

Y agregaba estas palabras vehementes dignas de esculpirse con letras de oro en el pedestal de esta estatua:

Tengo la íntima satisfacción de creer que entre los hombres de Estado de América ninguno está más ligado que yo a la gloriosa carrera política de usted y que ninguno de ellos desea con mayor sinceridad que yo el éxito de quien mejor y con más ecuanimidad ha comprendido y auspiciado mis sentimientos de hombre y de Gobernante.

Tal era la naturaleza del diálogo que sostenían estos hombres de cuya alianza no derivó la América sino bienes y previsiones para su mayor seguridad y concordia.

Este es uno de los momentos culminantes en la amistad Trujillo-Hull. Como siempre, la palabra del dominicano conmueve al norteamericano. En su respuesta, tan explícita como rica en magistral contenido, Hull le expresa, también, tanto sus ideas de estadista como sus sentimientos de hombre: *la satisfacción que yo siento —dice— está de acuerdo con la sinceridad y el espíritu de solidaridad*

americana con que yo sé que usted ha enfocado este difícil problema..... la realidad de la situación y el verdadero curso a seguir por nuestras naciones fué expuesto admirablemente en la declaración pública del Gobierno de Su Excelencia en fecha 27 de julio último. Yo estoy plenamente convencido de su completa adhesión al concepto de solidaridad americana, tanto en la teoría como en la práctica.... lo he interpretado como una evidencia más de la sincera fidelidad y del interés positivo del Gobierno de Su Excelencia en el mantenimiento y fortalecimiento de los lazos fraternales que unen a los pueblos de este hemisferio. A ese mismo fin he dedicado todos mis esfuerzos y en provecho de ese mismo fin el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos han estado siempre preparados para hacer una contribución máxima.

Estas afirmaciones de Cordell Hull, propias de su testamento político, contienen esta conclusión extraordinaria que es como honrador legado ofrecido al mejor de sus amigos:

Para la desafiante y gran tarea que tenemos delante de nosotros yo cuento con la continuada cooperación del Gobierno de Su Excelencia y usted puede estar seguro de que usted puede contar con nosotros.

No se equivocaba el venerable estadista al decir que contaba con la continuada cooperación del Generalísimo Trujillo, porque esa cooperación ha estado siempre animada por el sentido de superación que preside en todos los actos de su vida; y porque el ilustre gobernante dominicano ya le había ofrecido su activa cooperación en la causa de la concordia americana como se la ofrecía entonces en la causa de la libertad en el dramático período de la Segunda Guerra Mundial, cuya carga mayor gravitaba sobre la Nación que realizara la máxima hazaña de la ciencia en todos los siglos: la desintegración del átomo que puso fin a la más espantable de las guerras.

Sorprende, por su asombroso sentido político y por su clarividente anticipación a las circunstancias, esa posición del Generalísimo Trujillo junto al pueblo de Cordell Hull, que cabe recordar aquí aunque ello sea en torturante síntesis: consecuente con la política que desde su advenimiento al poder había seguido, se dirigió al Gobierno de Washington para ratificarle sus sentimientos de solidaridad interamericana, adelantándose así en muchos meses a la Declaración de Solidaridad consagrada en Lima; airosa postura reiterada también en las diversas conferencias y reuniones interamericanas, inalterablemente definida en las declaraciones de la delegación dominicana en la reunión de La Habana de 1940, formuladas en presencia de Cordell Hull, como en una de las habituales voces de mando del Generalísimo:

Nuestros hombres, nuestra tierra, nuestro aire y nuestro mar están a disposición de los gobiernos de este Continente para defender los ideales, el derecho y la independencia política de las repúblicas americanas.

Y no eran voces arrojadas al viento, como en la dialéctica marxista, sino la verdad promisoría que muy pronto sería realidad, en el aciago suceso de Pearl Harbor. ¡Qué de conmovedoras evocaciones, para el Generalísimo Trujillo, escuchar ese nombre ahora que está ante la efigie de Cordell Hull, cuya mano estrechó conmovido al día siguiente de Pearl Harbor para expresarle que estaría junto a él en la guerra como habían estado juntos en la paz!

Tampoco estas serían palabras lisonjeras, como las del hombre de amor que nos recuerda Ovidio, fuerte en alabanzas y en promesas, sino palabras de verdad y sacrificio, de abnegada colaboración hecha a conciencia desde el inicio de la guerra, en que el Gobierno de la República asumió un rol de tan sustantiva importancia en el Caribe, que hubo de inspirarle al Presidente Roosevelt el justiciero mensaje al Generalísimo Trujillo en que le expresaba su reconocimiento en esta frase memorable:

La magnífica cooperación dada por el Gobierno y el pueblo dominicanos en el presente esfuerzo bélico es profundamente agradecida y nunca será olvidada por el pueblo de los Estados Unidos.

Han mudado los tiempos y a la contienda armada ha sucedido la más inquietante de las guerras, la guerra fría que mantiene en zozobra a la humanidad, pero el Generalísimo Trujillo no ha variado un ápice en su solidaria posición de siempre, junto al Gobierno de Washington, y en esa obsecuente actitud se ha caracterizado de modo singular por su política de reacción contra el comunismo, convencido de que sin el concurso de las demás Repúblicas americanas quedaría debilitado, en uno de sus flancos más vitales, el primer baluarte de la resistencia antimarxista en el Universo: los Estados Unidos de América.

Esa radical posición del Generalísimo no es de ahora ni se debe a fugaces circunstancias: fué la misma en las conferencias de Bogotá y de Caracas y en cuantos cónclaves le han ofrecido oportunidad para decir su palabra de alerta contra el inminente peligro del comunismo, que no es —como lo definía sabiamente el Secretario Foster Dulles en la Conferencia de Caracas— “ni una teoría ni una doctrina sino una fuerza política agresiva y tenaz respaldada por enormes recursos, que está al servicio del imperio más despiadado que registra la época moderna”.

La política de colaboración con los Estados Unidos mantenida por el Generalísimo Trujillo, tal como lo esperaba Cordell Hull, siempre marcada con el sello de su sentido de la previsión y de la realidad, no se ha limitado a las ardientes deliberaciones de las reuniones interamericanas, sino que se ha proyectado con renovada fuerza en el seno de la Organización de las Naciones Unidas, donde su voz ha sido una de las más radicales y más orientadoras, particularmente en su tenaz defensa de España, que al fin abrió el camino a la conciliación entre la noble nación his-

pana y los Gobiernos de la América, particularmente de los Estados Unidos. Así, en su histórica presencia en la antigua Metrópoli, el Generalísimo Trujillo, maestro en el arte de la actuación política al par que sensible a sus preferencias afectivas, no fué tan solo, como Bolívar y como Duarte, a templar el alma varonil al sol de sus antepasados, según la bella frase de Meriño; ni fué como Felipe Alfau y Ramón Mella, en angustiosa solicitud de protección, sino a llevarle el testimonio de la férvida aspiración de toda la América de engrandecimiento y mayor gloria de España, como vía para el engrandecimiento y mayor gloria de toda nuestra América.

El Generalísimo Trujillo ha persistido y persistirá en su lucha contra el delirante oleaje comunista, no ya como una simple actitud de preservación nacional dentro del estrecho ámbito de la Isla, sino más allá de sus confines, con su amplia visión de estadista preocupado por los problemas comunes de la América, particularmente de la gran nación del Norte, porque él no deja de advertirnos que el poderío del pueblo de Washington, que es ahora salvaguardia de toda la América, sería el invencible instrumento de nuestra común esclavitud si el marxismo lograra su inocultable empeño de quebrantarlo.

Por eso, mientras el representante Francis E. Walter, de Pensylvania, nada menos que líder político y Presidente del Comité de la Cámara que investiga las llamadas "actividades antiamericanas", acaba de presentar un proyecto de ley encaminada a establecer nuevas y severas penas para los comunistas en su país, sustentando la tesis de que se trata del *esfuerzo más comprensivo que jamás se ha hecho para abarcar todos los problemas de la seguridad interna* de su patria, el vigilante político dominicano, con su vasto conocimiento de los sinuosos témpanos de la guerra fría, también acaba de dar un nuevo alerta al pueblo de Cordell Hull, señalándole el siniestro laborantismo marxista que avanza como un cáncer hacia su propio seno. La misma voz

que en tantas ocasiones ha mostrado las sirtes del peligro y ha encendido clarivamente la antorcha de la seguridad común, ha dicho su nueva palabra, voz de alarma que envuelve el más grave dilema que pueda proponérsele al Gobierno del Potomac: la acción anticomunista, con todas sus severas medidas de preservación; o la lenidad ante la demagogia y el escándalo, puntas de lanza y cabezas de puente del marxismo, con todas sus trágicas consecuencias de disolución.

Unidos los nombres de Trujillo y de Hull en los comienzos de la Política del Buen Vecino, ahora vuelven a aunarse frente a los vanos intentos de nefasta regresión al intervencionismo, que no sería característica de una democracia prepotente y legítima, como la de Washington, sino de una caduca democracia abierta a la trapacería comunista. Porque si la Política del Buen Vecino ha sufrido sus horas de crisis, por fortuna esporádicas, como las pestes, también ha tenido defensores tan activos como los legisladores Reece, Capehart y Cunningham, quienes, como si se inspiraran en la conducta y en la entereza de Cordell Hull, no han parado mientes en invocar el anticomunismo del Generalísimo Trujillo como *elemento necesario* a los Estados Unidos para mantener y vigorizar "la política de puerta cerrada al comunismo en el Hemisferio Occidental".

Nada más acertado, porque si cualquier mediocre Gobernante de la América, por el sólo hecho de su irresponsabilidad, convierte a su país en centro de perturbación del Continente, ¿cuál sería la situación de los pueblos americanos, especialmente de los Estados Unidos, si un estadista de la genialidad política de Trujillo fuese un demagogo o un filocomunista?

Qué gran brecha tendría expedita, aquí, en mitad de la América, la siniestra columna del marxismo! Qué sementera de conjuras para la belicosidad hispanoamericana y qué gran piedra de escándalo en el camino de la necesaria unidad del Hemisferio!

Afortunadamente esa genialidad política, y la avasalladora voluntad que la anima en su ímpetu ascensional, han estado y están y estarán al servicio de la América libre y una; del imperativo *bloque compacto* que ella necesita para su defensa, según las atinadas declaraciones del Secretario Adjunto de Estado, Sr. Rubotton, hoy tan cerca del sitio que honrara Cordell Hull.

Esta es, en el presente, una de las máximas contribuciones hispanoamericanas a la causa antimarxista, de manera especial causa vital de los Estados Unidos y es asimismo prenda de la firmeza del Generalísimo en su identificación política con Cordell Hull. La que ya debe llamarse *comprensión Trujillo-Hull*, tan pródiga en bienes para la República, que hoy glorifica el Estadista de Tennessee, es digna de emularse, de repetirse, de convertirse en norma entre los estadistas de la América.

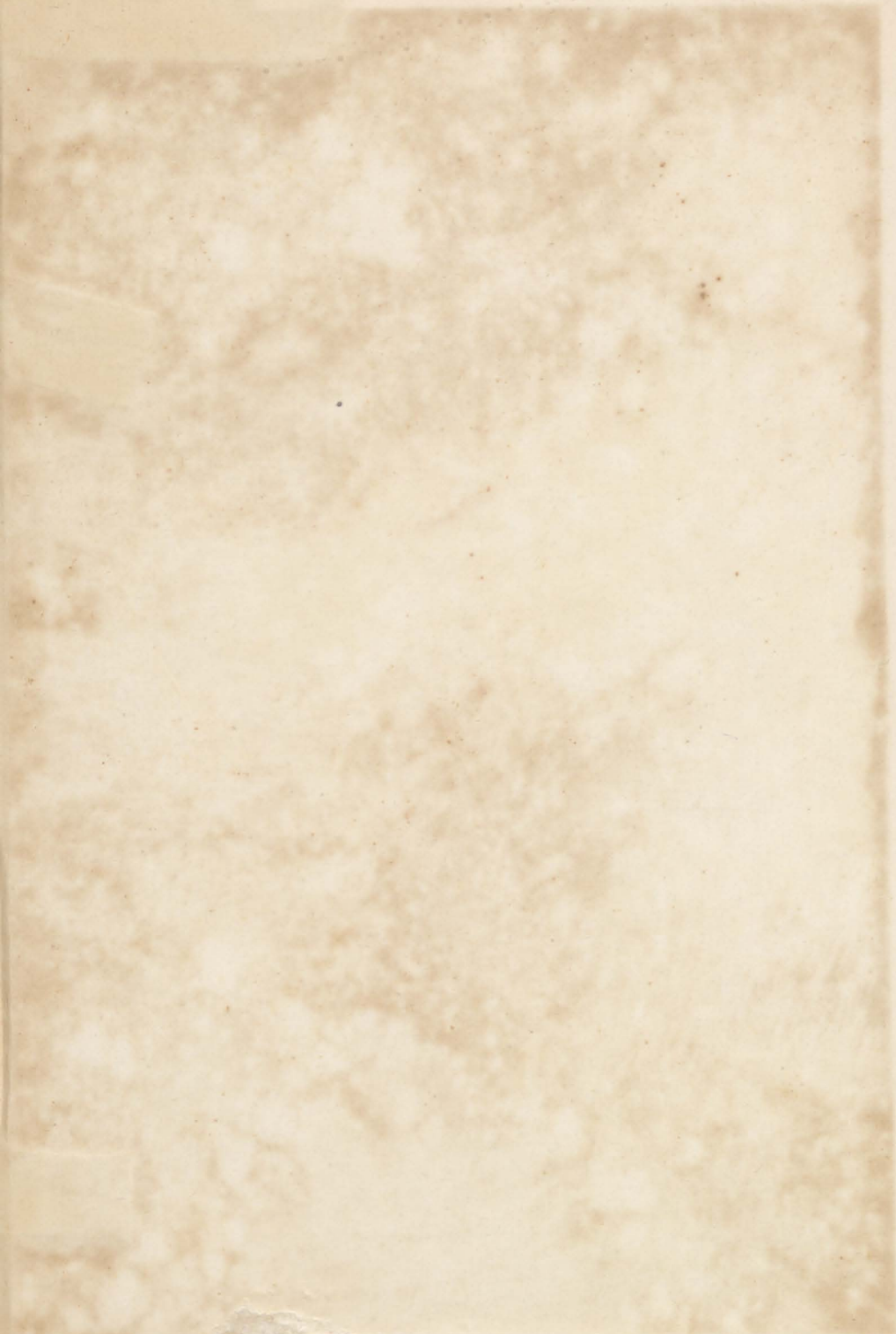
Esta estatua, pues, tiene el valor de las cosas universales, porque ella es, no solo imagen del varón preclaro, equitativo y justo que fué Cordell Hull, sino también símbolo ejemplarizador de la unión del débil y del fuerte; primer monumento alzado en la América al más bello y constructivo gesto de la poderosa nación del Norte: a la Política del Buen Vecino.

Desde ahora este será sitio de peregrinación cívica para las generaciones dominicanas y desde ahora mismo debemos inclinarnos ante esta estatua para penetrarnos de su excelso simbolismo, como si nosotros la contempláramos, más que con nuestros propios ojos, a través de los ojos del grande amigo de Cordell Hull, porque si él, con la patriótica emoción con que siempre habrá de contemplarla, se acercara en este instante a este bronce inanimado, le sentiría en lo hondo el corazón, y miraría abrirse mansamente esos ojos estáticos, y vería alzarse esa diestra mesiánica, y de esa boca inerte escucharía estas palabras evangélicas:

Este homenaje que me rinde tu pueblo gravitará sobre mi espíritu, como cosa incompleta, mientras mi pueblo no te ofrezca el homenaje que mereces; mientras no conozca que todo el amargado resentimiento de tu pueblo, contra el mío, por el triste hecho de la ocupación militar norteamericana, tú lo convertiste en fraternidad y simpatía; mientras no se vea en ti al reconstructor del pueblo americano de más alta jerarquía histórica; mientras mi pueblo no sepa que tú te le adelantaste en la lucha más grave y preocupante de mi patria, en todos los siglos; mientras no sepa que tú le señalaste el camino de España, que es el de su mayor seguridad frente al marxismo; mientras no sepa que la política del Buen Vecino no habría pasado de la simple enunciación, si desde su principio tú no contribuyes a hacerla pasar de lo ideal a lo real; mientras sigan fluyendo tortuosamente los inútiles ríos de tinta de la incomprensión o del escándalo o de la conjura comunista, señalando hacia aquí una dictadura o una volandera democracia, porque lo que hay aquí es algo que está por encima de todo eso; algo que escapa a toda insana definición; algo que sólo hay en los pueblos de siglo en siglo: la supremacía de un genio político.

Señor Embajador de los Estados Unidos de América:

Llevalde a vuestro pueblo y a vuestro Gobierno el testimonio de que en este acto de glorificación y de justicia realizado por el pueblo y el Gobierno dominicanos y en particular por el Generalísimo Trujillo, preside la férvida esperanza de que el ejemplo de Cordell Hull, Apóstol del Panamericanismo, sea perpetuo en vuestra Patria y en todo el orbe americano.



Hemeroteca-Biblioteca



009857